

LA COMARCA LEAL

PERIÓDICO CATÓLICO-MONÁRQUICO

ECO DE VICH, BERGA Y OLOT

DUELO Y VICTORIA

El cielo está mudo y sombrío. un silencio pavoroso reina como en una noche de dolores y estremece á los hombres petrificados por el estupor. El sol se ha ocultado cubierto de un velo de espantos. La tierra se ha conmovido con estruendo: y los mismos sepulcros velados por las tinieblas del olvido, se han agitado y lanzado de su noche silenciosa los moradores de su polvo inanimado. Un inmenso gentío, ébrio de un furor satánico, está absorto ahora sobre una colina. y la eriza con sus cabezas innumerables. Calla como esperando un algo superior al terror que le sobrecoge, devorado por un remordimiento tan tardío como espantoso. Solloza apenas y clava sus ojos anublados de lágrimas sobre un pátibulo cubierto de sangre.

Todo se ha consumado.

Hé ahí al Hijo del Hombre inmolado por nuestras maldades. Héle ahí sobre el trono que la muerte le tenía adereza-

do. Una cruz y dos ladrones por séquito!

Ha triunfado la muerte; pero el mundo se ha estremecido ante esa escena dolorosa.

¿Por qué ha muerto ese Hombre

que era el más bello, porque era el más santo? Ha llevado su amor, amor de un Dios, hasta inmolarse por salvarnos..... A nosotros!

¡Qué grandiosa sublimidad! ¡Qué abnegación! ¡Qué heroísmo!

Sacrificio de amor y de un Dios ante la justicia de un Dios. Pero el amor triunfa siempre inmolándose; y es visto que el amor que satisface es más grande que la severidad que castiga.



Todos lo han abandonado: ¡Dios! Dios mismo ha retirado un momento de El su mirada de Padre; y los arcángeles que rodean el trono del Inefable, se han postrado temblorosos ante la justicia del Omnipotente.

de su tumba su cabeza azorada, y al ver su obra en la cumbre del Calvario, ha gemido por toda la humanidad, abrumado por todos los dolores de los hombres al contemplar en Jesús su víctima y su Redentor.

Todo delito ha sido expiado con la muerte del Salvador. Sus pies han sido atravesados por el hierro; sus manos clavadas al madero de los esclavos; su corazón despedazado por una lanza homicida y sus sienes torturadas por los dardos de una diadema de tormentos.

Hé aquí el símbolo más cumplido de las maldades del hombre. Los pies prontos á llevarnos á todos los excesos, las orgías, las asechanzas y la guerra. Las manos con que se roba, se asesina y se seduce. El corazón que hierve en las más tormentosas pasiones. La cabeza en que se agitan las dudas, cavilaciones impías, las traiciones y las tramas de la iniquidad y del fraude.

Adán ha oído en su sueño de muerte algo como un misterio que lo ha arrancado á su estupor de cuarenta siglos, y ha levantado del polvo

Presidencia
BIBLIOTECA
PVB
OL
No

Esta sublime inmolación del Justo hace temblar por la justicia del Altísimo; pero hace esperar, sí, esperar inmensamente del amor que así se ha entregado sin exhalar una queja.

La justicia del Padre ha sido ahogada en el amor del Hijo; y una nueva era se ha abierto para los hombres.

F.

EL CALVARIO

Todo es sombra, todo duelo;
Se escuchan ayes perdidos,
Resonando confundidos
Por las bóvedas del cielo.
Asoma el sol con recelo
Mostrando cárdena luz;
Y entre el lóbrego capuz
Que ennegrece el horizonte,
Se ve á lo léjos un monte
Y sobre el monte una cruz.

Cálido el viento desmedra
La flor que en el campo brota;
Al dar un paso se nota
Ancha abertura en la piedra;
Con vago clamor arredra
Del vulgo el eco doliente.
Y ciega va la serpiente
Hondo agujero buscando,
Retorciéndose silbando,
Aterrada é imponente.

Sepulcros, muertos visiones,
Horror de la fantasía;
Sombras que envuelven al día
En descompuestos girones;
Desgarrados pabellones
Que velan la destrucción,
Esos los adornos són
De esta morada desierta,
Y el cielo negra cubierta
De un inmenso panteón.

Venid: en el leño brilla
Un rostro humano doliente;
Sangre corre por su frente,
Sangre inunda su mejilla.
No por culpa ni mancilla
Se le inmola en sacrificio;
Su crimen fué el beneficio
De libertar nuestras almas:
Ayer le ofrecieron palmas
Y hoy le veis en el suplicio.

Levanta, raza homicida,
Recoge ya ese sudario;
Ve esa cruz; en el Calvario
Está el trono de la vida.
De hoy tu historia fermentida
Quedarán nefandos nombres;
Hora es ya de que te asombres
De tu impotente furor:
La tumba de Salvador
Es la cuna de los hombres.

¿Qué importa que Cristo sea
sobre las rocas herido?
¿Qué hará este imperio temido
De su famélica tea?
Ya sobre el Gólgota ondea
El estandarte cristiano,
Y unida al mundo pagano
Rodará con su mancilla,
Teñida en sangre, la silla
Del Pontífice romano.

El sol en los hemisferios
Nuevos torrentes desata;
El arte campos de plata
Conquista en nuevos imperios:
Entre sublimes misterios
Envuelta el alma se ve,
Y poniendo el hombre el pie
De otro mundo en el umbral,
Alza inmenso pedestal
A la estatua de la fé.

Pueblo bárbaro y cruel
Que hayer tus palmas batías,

Son verdad las profecías
Y los sueños de Daniel.
Tú vagarás en tropel
Con el oprobio en la frente;
Y ante el recuerdo doliente
De que el cristiano se aflije,
No habrá hogar que te cobije
Ni tierra que te sustente.

Los ídolos ya cayeron;
La mentira sepultaron;
Amor y piedad brotaron
Donde crueldades hubieron;
Los falsos dioses huyeron
Con sus lúbricas vestales;
Y borrando las señales
De sus impuras ruinas,
Abren sus puertas divinas
Las sagradas catedrales.

Alza, cristiano, la frente,
Del universo señora,
Que ya ha nacido la aurora
Bañando en luz el Oriente;
Del mal el rudo torrente
Huirá con rápido vuelo;
Y abriéndose el ancho velo
Que oculta al Sér sin segundo,
Habrá esperanza en el mundo
Y eternidad en el cielo.

Acércate de Sión
A ese lecho funerario;
Ven y reza en el Calvario,
Con profunda devoción;
Ve la cruz de redención
Que no te deja perderte,
Y nunca olvide tu suerte
De la tierra en la partida,
Que está el árbol de la vida
En esa cruz de la muerte.

LA MUERTE DE JESÚS

Sic Deus dilexit mundum.

Otra cosa no le quedaba ya á Jesús que hacer más que morir. Entró, pues, en el silencio de la agonía y el sol se oscureció. Estas tinieblas, que comenzaron momentos después de la crucifixión, y que duraron hasta que Jesús exhaló el último suspiro, no eran la noche, á la manera que no eran el día los alegres resplandores de Belén; era una especie de duelo y estupor de la naturaleza, la señal celeste que los judíos habían pedido. La veían sin comprenderla, del mismo modo que iban también á recibir, sin comprenderlo, el signo de Jonás en su Resurrección.

Era cerca de la hora nona, esto es, á las tres y media de la tarde, según nuestra manera de contar. Adán después de su pecado, oyó la voz de Dios en el jardín á la hora en que la brisa se levanta despues de la mitad del día.

En esta misma hora el nuevo Adán, reparador de todas las cosas, saliendo de su silencio, exclamó con fuerte voz: *Ell, Eli, lamma, sachathani*: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?" Son las primeras palabras del Salmo XXI, que profetiza la pasión, describiendo sus principales circunstancias. Jesús las declaraba cumplidas, y al mismo tiempo sometido como hombre á la pena del abandono interior, revelaba así el mas oculto y el más amargo de sus padecimientos.

Jesús, dueño de todos los accidentes de su muerte, cumplía la profecía como Profeta. Sabiendo lo que la herejía inventaría para negar la realidad de su sacrificio, cuidó de arreglar todas las circunstancias, á fin de poner á salvo este pan que había de alimentar al mundo.

Desde los primeros siglos de la Iglesia todos los sofismas que hoy salen á luz estaban ya inventados, y á ellos habían respondido los Santos Padres con argumentos que conservan toda fuerza.

El Hijo de Dios, dicen, no ha padecido en su naturaleza divina; pero como hombre ha padecido, y era preciso que padeciese.

Si después de haber vivido en la tierra hubiera desaparecido de repente, se le hubiera tomado por un fantasma. Del mismo modo que se prueba la incombustibilidad de un vaso sometiendo á

la acción de las llamas y retirándole intacto, del mismo modo el Verbo de Dios nos prueba que el instrumento material de que se ha servido para la redención del género humano, es á la vez real y superior á la muerte; entregándose á la muerte demuestra su humana naturaleza; resucitando de la muerte, su divinidad.

Hizo este milagro para acabar con la locura que deificaba á hombres mortales, enseñando con esto que el único Dios verdadero es aquel que, triunfando en la muerte de la muerte misma, la arrastra triunfante entre sus trofeos. No murió por triunfar personalmente, sino para destruir la muerte del hombre; y he aquí la razón por la cual ha padecido una muerte pública y violenta.

Si su cuerpo hubiese estado enfermo y se le hubiese visto disolverse, parecería muy extraño que el que curaba todas las enfermedades fuese víctima de ellas. Si hubiese muerto en la soledad y después se hubiera presentado de nuevo, ¿cómo creer en la realidad de su muerte y de su resurrección, ya que es preciso morir antes de resucitar? ¿A que conducía que anunciase públicamente su resurrección, si su muerte había de ser secreta? No quiso exigir demasiado á la fé ni dar lugar á las imposturas que los hombres no dejarían de inventar para negarse á creer.

¿Se dirá que hubiera debido al menos elegir una muerte gloriosa y evitar esas espantosas ignominias? ¡Nó! ¡nó! Debía su mejilla á las bofetadas, su frente á la corona de espinas, su rostro á las salivas, su espalda á los azotes, sus pies y sus manos á los clavos, sus labios á la hiel, su costado á la lanza, todo su cuerpo á la cruz. Convenía que fuesen vistas las manos que le habían tocado, convenía que estas ignominias pudieran servir de bálsamo fortificante en lo futuro á las víctimas de la crueldad y de la injusticia; convenía iluminar con resplandores las heridas del inocente, y ver correr como un bálsamo consolador hasta en las llagas merecidas del culpable; era preciso que en lo sucesivo, en la profundidad de los calabozos, en la abyección de los presidios, pudiese lucir el vivificante sol de la Cruz.

L. VEUILLOT.

GETHSEMANÍ

¡Triste Gethsemaní! huerto del llanto,
Lugar de la agonía,
Do al Hombre Dios acongojó el quebranto
De tus olivos á la sombra fría!
¿Qué misterioso encanto
Unido va á tu nombre,
Que lo pronuncia el hombre
De edades en edades
Como nombre de luto y desconsuelo,
Y al mirar en tu suelo,
Cruzado por ardientes tempestades,
De las divinas lágrimas el surco,
El fiel solloza, te respeta el turco,
El obstinado ebreo

Con pavorosa indecisión te pisa,
Y convierte su cínica sonrisa
En mudo asombro el infeliz ateo?
¿Será verdad tal vez que en los lugares,
Que en su recinto realizarse vieron
Los grandes hechos que la historia admira,
Invisibles altares

Llaman á un culto misterioso al alma,
Y el espíritu en calma
De los séres que amaron ó sufrieron
En ellos, nunca de ellos se retira,
Y en vibración armoniosa y lenta
De su pasado las grandezas cuenta?

Entonces estaría
Del gemido de Dios tu espacio lleno,
Y en él resonaría
Como en la nube solitaria el trueno.
El Espíritu Santo animaría
Con sus lenguas de fuego cada hoja,
Y en arpa de querup la trocaría
Que en notas de dolor traduciría
Del Hombre-Dios la funeral congoja.

No es así: yo te veo
Triste, insensible como siempre has sido;
Y si un vago deseo
Me oprime el corazón enternecido
Tu recinto al hallar, no es que imponente
En fúnebre murmullo

Tu tierra historia de dolor me cuente
Con triste voz y con doliente arrullo;
Mas el alma á tu vista se conmueve,
Cual hoja que remueve
El aquilón sobre flexible rama,
Y tus misterios ama,
Y á su sér los reduce,
Y del terreno lazo se despoja,
Y con gemidos íntimos traduce
Del Hombre-Dios la funeral congoja.

¿MORIRÁ?

—LEYENDA—

I

Ashavero estaba sentado á la puerta de su casa, en la calle de la Amargura, bajo la parra que empezaba á retoñar. El judío aborrecía á Jesús, y esperaba verle pasar con la cruz á cuestas, para mofarse de él.

Llegaba á los oídos de Ashavero un rumor sordo, en el que se clavaban las notas discordantes de los clarines y tambores. La fúnebre comitiva rompía la marcha.

Aquella no tardó en acercarse. Entre soldados que se burlaban de él y verdugos que le maltrataban á cada paso, Ashavero vió á Jesús, doblado bajo el peso de la cruz, coronado de espinas, cubierta la faz de sangre, sudor y polvo y desgarrada la túnica y ensangrentada también. Detrás de aquel cortejo venían algunas mujeres que lloraban por el hijo del hombre.

Algunos fariseos se asomaban á las ventanas de sus casas para ver pasar al Justo y le maldecían en voz baja.

Jesús, ya frente á la casa de Ashavero, miró á los poyos de la puerta y se dirigió á ellos para descansar un instante. Los soldados se detuvieron.

El judío cerró el paso al Justo, y le dijo con acento de odio profundo, señalándole el camino del Calvario.

—¡Anda! ¡Anda!

—Anda tú—respondió el Martir con una voz tan suave como solemne, que hizo temblar al judío.

Y Jesús echó á andar hacia el Calvario y Ashavero en dirección opuesta, como si una fuerza extraña se hubiese apoderado de sus músculos.

El triste cortejo se ocultó en una revuelta del camino: el judío siguió bajando por la calle de la Amargura.

Estaba desfigurado. De sus ojillos verdes salía una luz gris como el reflejo de una arma medio oxidada: crugían sus dientes ó se clavaban en los labios, y el semblante se le contraía nerviosamente haciendo una mueca del infierno, especie de sonrisa del dolor que es vencido por la impenitencia.

Cruzó calles y plazas llamando la atención del público. Algunos le preguntaban dónde iba, y él no contestaba, y seguía golpeando la tierra con sus pies que parecían mazos.

—¿Qué tendrá Ashavero? ¿Dónde irá?—se preguntaban todos.

El miserable salió de la ciudad, pasó un torrente y se metió por una estrecha cañada.

II

El sol había saltado la línea del meridiano y suspendido sobre las cumbres de las montañas de color de ceniza, que cerraban una pequeña llanura, flameaba templando el ambiente. Iban á ser las tres de la tarde.

La llanura estaba desierta é inculta. En el suelo de arena rojiza, crecían algunas matas de aloes, nopales sicómoros y cambroneras. La palmera, esa hermosa hija del desierto, no crecía allí. Ningún arroyo fecundaba aquel terreno, ningún ave hacía el nido en los matorrales.

De vez en cuando oíase algún grito salvaje y algunas sombras como de girones de nubes, pasaban pegadas á la arena rojiza, cambiando de perfil á cada instante. Era la sombra de las águilas que paseaban por el llano su escrutadora mirada buscando alguna presa.

Un hombre entró en el valle estéril. Era Ashavero, el judío errante, que venía de Jerusalem, andando contra su voluntad sin saber donde iba.

Cuando llegó al medio del valle el sol se os-

cureció de súbito y el cielo se puso negro. Un trueno pavoroso que desató sobre la tierra un haz de centellas, y fuertes terremotos dieron comienzo á aquella noche del infierno.

Ashavero quedó inmóvil de espanto. El sol era una mancha de sangre muy opaca, el espacio un lago de luz cárdena y tinieblas negras, la tierra un desorden indescriptible, la reversión al caos. El viento silbaba como una legión de serpientes voladoras, la arena se levantaba hasta mezclarse con las nubes; las cambroneras se crispaban; los nopales, aloes y sicómoros se tambaleaban y aventaban sus hojas; braceaban como el naufrago que va á ahogarse, como el ébrio que pierde el equilibrio y busca algo de que asirse; el suelo se agrietaba, derrumbábanse las montañas y de sus crestas truncadas salían columnas de fuego y humo; y los truenos seguían retumbando, y en la estela rojiza que las centellas dejaban en el aire aparecían visiones horribles, sierpes y monstruos salidos del infierno.

Ashavero quiso cerrar los ojos para no ver tantos horrores, y no pudo. Sentía que le tiraban de los párpados, que le desgarraban las pupilas para que las retinas se hartaran de fuego y humo, de arena y aire. Quiso avanzar, y ante él se levantó una ola de arena, cerrándole el paso; quiso retroceder, y se levantó otra ola cortándole la retirada. Sudaba, se estremecía, agonizaba de terror.

Entonces con voz temblorosa y lúgubre como la vibración de una campana que doblaba á muerto, murmuró:—¿Morirá él?

Tras de muchos esfuerzos consiguió saltar las olas de arena que amenazaban enterrarle, y con el paso forzado y vacilante, volvió á andar.

Y su figura se desvaneció entre las nubes de arena y las tinieblas que llenaban el valle.

A. F. C.

¡Stabat Mater!

I

¡Pobre Madrel Esta llorando
al pié del santo madero;
el pueblo murmura fiero,
por la montaña girando,
y la luz muere en la sombra,
y el nublado se agiganta,
y la creación llora y canta
con voz que aturde y asombra.

¡Pobre Madrel... Ante los sonos
de sus dolientes afaes,
alzan truenos y volcanes
sus más terribles canciones.

Y el ángel llora... y se arredra,
rugen los mares inquietos,
y se alzan los esqueletos
sobre sus tumbas de piedra.

¡Porque es tan hondo el pesar
de la Madre del amor,
que llora el mismo dolor
al contemplarla llorar!...

II

Ella vió al Hijo nacer
su esperanza realizando;
ella le durmió cantando
las endechas del placer.

Ella, con ansia divina,
dejó sus placidos lares;
cruzó de Judá los mares,
las cumbres de Palestina.

Y siempre del Hijo en pos
le siguió amante y serena,
como sigue el alma buena
la sombra santa de Dios...

Hoy... ¡pobre Madrel!.. lo mira
sobre el Gólgota sangriento,
suspiros lanzando al viento
que en torno del árbol gira.

Lo mira triste, llorando
por el pueblo su asesino;
oye su acento divino
¡perdón!.. ¡perdón!.. murmurando.

Ve sus sienas desgarradas
por las espinas crueles;
ve marcados los cordeles
en sus manos venerandas.

Y si oye de su ansia en pos,
del pueblo el acento fijo,
¡ve... que le matan al Hijo
por el crimen de ser Dios!

III

Pura mística azucena
del desierto de la vida;
lámpara siempre encendida
para templar nuestra pena:

Celeste y eterno lirio
por los ángeles cuidado;
puro clavel perfumado
con la esencia del martirio!...

Yo vengo, Madre, á besar
las estrellas de tu manto;
vengo á regar con mi llanto
los mármoles del altar:

Yo padezco á tu dolor;
lloro al mirar tu agonía;
yo tengo por tí, María,
rico manantial de amor.

Del relámpago á la luz
que la tormenta anunciaba,
yo ví á Dios que vacilaba
bajo el peso de la cruz.

Lo ví triste ante el desdén
del pueblo vil y asesino;
lo ví con llanto divino
llorar por Jerusalén.

Ví su cabeza sangrienta
tocar en la dura roca;
ví un insulto en cada boca,
y en cada grupo una afrenta.

Y al verte á su lado ir,
dije con llanto de amor:
—¡Pobre madre del dolor,
cuanto deberá sufrir!...

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

A CRISTO EN LA CRUZ

A la asombrada tierra en anchas gotas
llega la sangre que á su bien destinás,
y humilde en ese leño te reclinás.
Tú, que la tempestad riges y azotas.

Las nobles palmas por los clavos rotas,
coronado de bárbaras espinas,
la frente ilustre ante tu hechura inclinas,
y en tu propia bondad tu acero embotas.

¡Perdon, mi Dios! y templa tus enojos
viendo á los hombres que en su imbécil saña
sobre tu sien pusieron los abrojos
y entre tus manos la irrisoria caña,
levantan hoy los espantados ojos
con torpe miedo al contemplar su hazaña.

DIVINO TESTAMENTO

Hace diez y nueve siglos que el mundo se sentía agobiado por la inmensa desgracia del paganismo.

Como atmósfera de plomo un manto de tinieblas gravitaba sobre la inteligencia de la humanidad y los horrores de una moral depravada la habían embrutecido.

Alejandría con el dominio de su comercio, Atenas con el brillo de sus filósofos, Esparta con la sobriedad de sus costumbres, Roma con la fama de sus oradores, fueron impotentes para dar á aquellos pueblos la felicidad.

Las enseñanzas del Pórtico y de la Academia las oraciones del Senado y del Foro no acertaron á pronunciar la palabra que cual faro de luz alumbrara á aquella generación y á las venideras, y las doctrinas de Platón y la moral de Sócrates, vagas reminiscencias de una tradición corrompida.

La civilización pagana se parecía á un fuego faláz de brillo pálido y momentáneo sin color y sin luz, cuya llama se aleja cuando se dirigen á ella los pasos.

Era preciso salvar aquella civilización que se derrumbaba y vino una fuerza divina y prepoten-

te que llevó á cabo la revolución por la que clamaba la humanidad.

Por aquel tiempo, en una provincia de Asia vivía un pueblo escogido del Señor y que esperaba la redención prometida á sus padres, que debía ser la libertad del hombre, la consagración de sus derechos, el germen de una nueva civilización vigorosa y lozana que viniera á reemplazar aquella otra civilización carcomida y decrepita.

Y cuando plugo al Señor que llegara el instante suspirado para el pueblo hebreo, una centella de luz arrojada desde un rincón de Judea fué la señal de una nueva Era.

Nació pues en la Palestina bendecido por la voz omnipotente de Jehovat. Hombre que no era solo Hombre. Hombre por quien las generaciones habían suspirado. Hombre anunciado por los profetas. Hombre cuya venida habían cantado las vírgenes de Israel con sus liras de oro. Hombre al que el Templo de Sión había consagrado los perfumes del holocausto y la solemnidad de sus sacrificios y el esplendor y el brillo de la casa de Levi.

Nació en Nazareth, educado en la casa de un pobre carpintero, era al mismo tiempo hijo de Dios; trafa al mundo una misión augusta y grande: la de romper las cadenas que esclavizaban la humanidad, la de cicatrizar sus heridas, de declarar sus males, la de enjugar sus lágrimas, la de hacerla feliz.

Empezó su carrera y de sus labios brotaron palabras que el hombre no comprendió.

Su doctrina era pura, sublime, infinita y en sus enseñanzas había algo que era desconocido.

Y cuando esta carrera estuvo á punto de terminarse y cuando á ese poema infinito de humildad, de abnegación y sacrificio, iba á completárselo con el más heroico, con el más incomprendible, con el más inconmensurable de sus cantos, próximo á dar cima á su empresa admirable, cercano ya el desenlace de la sublime tragedia de la Redención del hombre, el Divino Salvador congregó á sus discípulos para legarles el tesoro de su gracia y de su divinidad.

Era en la víspera de su Pasión, después de haber instituido el Augusto Sacramento de la Eucaristía, testimonio perenne de la bondad de un Dios todopoderoso para con el hombre, después de que con ejemplo inimitable trazara á las generaciones futuras la senda luminosa que debían seguir para marchar en pos de sus destinos inmortales, antes de beber la hiel de amargura, antes de ser entregado á las torpes y desenfrenadas iras de un pueblo ingrato; quiso descubrir á sus amantísimos discípulos la síntesis de su moral, la filosofía de su Evangelio y todo el fondo de sus divinas enseñanzas:

"He aquí que os doy un nuevo Mandamiento, que os améis los unos á los otros" dijo Jesucristo en la noche eternamente memorable de la Cena.

Que os améis eternamente los unos á los otros. ¡Verdad, concepto sencillísimo y sublime, mandamiento celestial!

He ahí el secreto que el mundo ignoraba, he ahí donde se estrellaron las inteligencias más privilegiadas del paganismo.

Amar; esa es la base del código divino; amar á Dios porque es Dios; amar al hombre porque es hijo de Dios; amarse los hombres entre sí, tal es la práctica de la celestial doctrina.

Por ella los Apóstoles de la grande idea se esparcieron por todos los ámbitos del globo cruzando mares y selvas desconocidas, llegaron á países ignorados para plantar en ellos la cruz Sacrosanta, dejando en pos de sí la luminosa estela de la civilización y en ella los pueblos encontrarán siempre remedio á sus males y bálsamo á sus heridas. Por ella se estrecharon los lazos y vínculos de la familia elevando á la mujer y haciéndola sentar entre sus hijos, brillante su frente con la aureola de la maternidad.

Pero ¡ay! El mundo actual ha olvidado de nuevo los beneficios inmensos que la sociedad debe al Cristianismo, y por esto camina otra vez á la barbarie.

Por esto, especialmente en las grandes capitales, se sienten los efectos de errores sin cuento mal estar profundo rayano á la cobardía.

¡Ah, si el mundo actual comprendiera la filosofía cristiana, la sociedad no caminaría como en los tiempos del paganismo á su ruina!

¡No la civilización de últimos de siglo nos amenazaría con días de luto, sangre y dinamita.

¡Benaventurados los pueblos que puedan poseer un gobierno que conserve incólume el

Testamento Divino legado por el Redentor en la noche santa de aquella cena misteriosa, infelices los que lo hayan olvidado porque los filósofos de la revolución no serán más afortunados que los filósofos paganos, la luz que ellos buscan es sólo un fuego fátuo que brilla pero no alumbrá, la única luz verdadera es la luz del Evangelio contenida en el Nuevo Testamento que selló Jesucristo con su preciosa sangre.

CLARÍN.

A Judas

Cuando el horror de su traición impía del falso apóstol fascinó la mente, y del árbol fatídico pendiente, con rudas contorsiones se mecía, complacido en su miseria agonía, mirábele el demonio, frente á frente, hasta que ya, del término impaciente, de entrambos pies con ímpetu le asta.

Mas cuando vió cesar del descompuesto rostro la convulsión trémula y fiera, señal segura de su fin funesto, con infernal sonrisa placentera sus labios puso en el horrible gesto, y el beso le volvió que á Cristo diera.

JUAN NICASIO GALLEGÓ.

CRÓNICA RELIGIOSA

Los Sagrarios que podrán visitarse en las iglesias de esta ciudad durante hoy y mañana son las siguientes: Santa Iglesia Catedral Basílica; Perpetuas Adoratrices (Sacramentarias); San Felipe Neri; Nuestra Señora de la Piedad; Santa Teresa; Hermanas Carmelitas (Escorial); Hermanas Josefinas; Capuchinos; Anunciata, (calle del Norte); Santa Clara; Nuestra Señora del Carmen; Presentación (Devalladas); Religiosas Filipenses, (Callnou); Orden Tercera de San Francisco; Hospital; Trinitarios; Santo Domingo; Nuestra Señora de la Merced; Beatas Dominicás; Nuestra Señora del Remedio, y Nuestra Señora del Rosario, (calle de San Francisco).

Santa Iglesia Catedral.—JUEVES SANTO: A las ocho y media de la mañana se empezará el rezo, é inmediatamente después de las Horas Menores, que duran media hora, celebrará el Excmo. Sr. Obispo Misa solemne de Pontifical en la que consagrará los Santos Oleos, dando enseguida la Sagrada Comunión al Clero y Ayuntamiento, acto seguido será llevado el Santísimo Cuerpo de Jesucristo en procesión al Monumento.

A las tres de la tarde el Excmo. Sr. Obispo lavará los pies á trece pobres, y terminada esta santa é imponente ceremonia habrá el correspondiente rezo cantándose con música las lamentaciones del Profeta Jeremías, siguiendo el sermón que hará el predicador Cuaresmal.

VIERNES SANTO: A las nueve y media de la mañana empezará el rezo y después de las Horas Menores, se hará la solemne función del día llamada *Misa Praesantificatorum*.

SABADO SANTO: A las seis y media de la mañana empieza la función con el rezo, siguiendo la bendición del fuego, del Cirio Pascual y de las fuentes bautismales, á continuación se celebrará el Santo Sacrificio de la Misa cantándose á orquesta el *Magnificat*.

Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Carmen.—JUEVES SANTO: A las nueve de la mañana se cantará Oficio solemne, é inmediatamente se colocará el Santísimo Sacramento en el Monumento. A las cuatro de la tarde se cantarán *Maitines* y *Laudes*, y á las ocho de la noche se hará la *Hora Santa*, en la que hay concedida Indulgencia plenaria.

VIERNES SANTO: A las ocho y media de la mañana se celebrará el Oficio de Rúbrica, haciéndose la adoración de la Santa Cruz. A las doce se empezará la función de las tres horas de agonía de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz, cantándose las letrillas con música, y en seguida se harán las reflexiones sobre las *Siete palabras* y la plática de costumbre á cargo del Rdo. D. Manuel Costa,

presbítero, Beneficiado de la Catedral. A las siete de la tarde se hará la función de la Soledad de María Santísima, cantándose también con música el *Stabat*, y se terminará este devoto ejercicio con sermón que dirá el Ilre. Sr. D. Pedro Solano, Canonigo de la Catedral.

SABADO SANTO: A las siete de la mañana tendrá lugar la bendición del fuego y pila bautismal á la que seguirán los divinos Oficios propios del día.

Iglesia de Nuestra Señora de la Merced.—JUEVES SANTO: La Misa solemne se empezará á las siete y media, en la cual se distribuirá la sagrada Comunión, y concluida, se dará la Absolución general. Por la tarde, á las tres, se cantarán *Maitines*. A las seis y media se hará una meditación propia del Misterio que la Iglesia celebra en aquel día; en los intermedios se cantarán con armonium algunos motetes, concluyéndose con sermón que dirá el P. Pablo Camps.

VIERNES SANTO: La función de la mañana será á la misma hora que el día anterior. Desde las doce á las tres de la tarde se hará el devoto ejercicio de las tres horas de Agonía de Nuestro Señor Jesucristo crucificado, y seguirá una breve plática encomendada al P. Antonio Marcorell. A las seis y media se acompañará á la Santísima Virgen en su soledad con la meditación del *Stabat* y cántico del mismo, con acompañamiento de armonium, siguiendo luego el sermón de Soledad, que predicará el mencionado P. Camps.

Iglesia de la V. T. O. de San Francisco.—JUEVES SANTO: A las siete y media se empezará el Oficio solemne, después del cual se ordenará la procesión para colocar á Jesús en el Monumento.

VIERNES SANTO: A la misma hora que el día anterior se empezará el Oficio de Rúbrica y adoración de la Santa Cruz y por la tarde se empezará la función á la misma hora y en la misma forma que los viernes anteriores.

SABADO SANTO: A las siete habrá la bendición del agua.

Iglesia de Santo Angel (Capuchinos).—JUEVES Y VIERNES SANTOS: Se empezará la función á las siete y cuarto de la mañana.

VIERNES SANTO: A las doce empezará la función de la *Agonía*, predicando el Rdo. D. Francisco Clará, Pbro. El mismo día á las siete de la tarde, tendrá lugar la función de la *Soledad*, predicando el Ilre. Sr. Dr. D. Luis María de Despujol, dignidad Chantre de la Catedral Basílica.

Iglesia de Ntra. Sra. del Remedio.—JUEVES SANTO: A las ocho de la mañana Horas Menores, luego el Oficio con Comunión General, poniéndose después N. S. J. al Monumento. A las tres de la tarde el *Lecatorio* y á las cuatro *Maitines* y *Laudes*.

VIERNES SANTO: A las siete de la mañana Horas Menores y la función del día. A las cuatro *Maitines* y *Laudes*.

SABADO SANTO: A las siete de la mañana Horas menores y la función del día.



Adelantamos hoy á nuestros suscritores este número extraordinario dedicado á conmemorar los solemnes días de esta semana. El sábado, sin embargo, publicaremos un número con la crónica semanal.

Esperamos poder publicar otros números extraordinarios para corresponder al favor que nos dispensan nuestros numerosos suscritores.

